

# **Hasta que caiga la noche y nazca el apocalipsis**

**Miguel Ángel Guerrero Ramos**

© del texto: Miguel Ángel Guerrero Ramos

© de esta edición: La Lluvia de una Noche

Diseño de portada: La Lluvia de una Noche

1ª Edición: enero de 2015

Porque todas las naciones han bebido el vino del furor de su fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido con la potencia de sus deleites.

Apocalipsis 18, 3.

Edición: Reina Valera

Si las personas definen las situaciones como reales, estas son reales en sus consecuencias.

Teorema de Thomas

## **I. Una pasión dilatada en fuego**

**(A pocos minutos de sonar La Séptima Trompeta en pleno fin de todo lo existente)**

Fue a través de aquella ventana de su habitación ligeramente empapada en rocío que él lo vio todo. Aquella ventana que parecía ser una vía inconfundible al deseo más intenso y más enigmático de esta vida y que le mostraba a él el mismísimo comienzo del fin, del fin de todos los tiempos. Sus ojos, sus ojos vibrantes y ambarinos, dudosos y entusiastas, comenzaron a lanzar tímidos destellos de ansiedad al asomarse por aquella ventana, por aquella surrealista conexión entre una incertidumbre pasional y el futuro más inmediato. La visión que ella, es decir, aquella ventana, dejaba entrever, es necesario decir, era la de un mundo que se acababa, un mundo que perecía definitivamente dentro de sí mismo y dentro de su más diversa gama de perversiones. Sí, el mundo se agrietaba y se desmoronaba a gran velocidad. Aun así, y a pesar de que el mundo se acababa sin nada que se pudiera hacer para evitarlo, una sola idea lo invadió a él por completo. Una sola idea que logró impactar con gran fuerza en su alma gris y desconcertada mientras se desplomaban los edificios más altos de la ciudad y cundía el pánico por todas partes. Una idea quién sabe qué tan única y determinante en su razón de ser y en la singular textura de su esencia. Una idea arrobadora que se instaló en los recién obnubilados pensamientos de aquel hombre, sin ninguna advertencia, sin ningún escrúpulo y sin ningún tipo de remilgo. Se trataba, a decir verdad, de algo muy sencillo: él no quería, no podía irse de este mundo sin tener un rincón privilegiado en su

memoria en el cual buscar y poder hallar los rastros de una pasión sin tapujos. No, él no podía irse sin tener en sus recuerdos una piel ajena y parcelada en mil roces y caricias de distinta intensidad. Él no podía irse sin llevarse consigo la desenfundada presencia de una seducción cálida y arrolladoramente acrecentada. No, no podía. No, sin la certeza inequívoca y certera de haber sentido la entrega de otro cuerpo. De un cuerpo inolvidable, dulce y femenino.

Llevado por aquella sinuosa y pasional idea, él decidió salir de su solitaria casa y correr mientras todos los cimientos de la civilización se desplomaban por doquier. Él, por cierto, no salió corriendo a toda prisa, y con su alma crepitando de pasión, hacia un burdel, como bien podemos llegar a suponer, sino hacia la esencia misma de una mirada desconocida, hacia el edificio que queda enfrente de su apartamento, es decir, al edificio llamado *Metrópoli de Nueva Babel*. Él se dirigió allí, por tanto, con su paso apresurado y conspicuo, con los latidos profundos de su soledad quemándole el pecho, y una voz lúgubre y oscura despojándolo del sentido más trágico de lo prohibido.

Entretanto, una luz tenue y macilenta de color ocre se había apoderado del mundo. Además, ya habían sido abiertos, para esos oscuros y gélidos momentos, Los Siete Sellos del Libro de la Vida y ya habían sonado por lo menos unas seis de las temidísimas y trágicas Trompetas del Fin. Una inclemente lluvia de fuego, por su parte, caía de forma indomable en varias partes del planeta, helando el alma de la gente, llenando de oscuridad la cerulescencia de las auras, y quemando a quien se interpusiera en su mortal y azaroso aterrizaje. El terror más salvaje se interiorizaba en las pupilas de las personas, y en sus rostros podía leerse el hecho mismo de que el fin estaba llegando

como ladrón en la noche, como agua en una lluvia copiosa y constante, y con el sonido característico que, de una u otra forma, poseían aquellas las trompetas que hace poco mencionamos. Unas trompetas que retumbaban hasta en lo más profundo de las almas y en la más ondulante estructura de las consciencias. Unas trompetas de sonoridades níveas y espantosas que presagiaban lo peor. Sí, nunca antes la muerte se había hecho tan palpable y tan pavorosa en el mundo con su dramático rumor de tinieblas, un rumor infinito de almas adoloridas y agónicas. Un rumor muy semejante al de todos los sufrimientos habidos y por haber, al de todas las pesadillas soñadas y por soñar y al de todos los terrores imaginados y por imaginar.

Pero eso sí, él seguía corriendo, incansable, con una energía inusitada y sin otra forma de movilizarse puesto que el tráfico vehicular de la ciudad se había vuelto un verdadero caos generalizado. Aunque, a decir verdad, no era mucho lo que él tenía que movilizarse, al fin y al cabo que nada más iba al edificio de enfrente, razón por la cual, al cabo de un rato, él llegó. Él llegó, por fin, allí, como si llegara junto a las puertas del paraíso o siquiera a un lugar vestido como tal. Sí, él llegó, por fin, a aquel lugar, y no, no a un burdel, como muchos otros hombres, prófugos de la muerte y prófugos de una vida sin pasión. Prófugos de un universo lúgubre y solitario. Prófugos de todas las esencialidades del abandono de sí mismos.

Él llegó allí, porque su instinto le dijo que la buscara a ella, a la hermosa Maribel Sandara. Que la buscara. Que no aceptara el riguroso peso de la condena del fin del mundo sin haber disfrutado antes de las mieles de la pasión que ella le podía ofrecer. Por ello, él llegó allí y la buscó a ella con su mirada, con su silencio ensimismado y

requirente y con toda la voluntad de su ser. La buscó en el último piso de aquel edificio en el que por casualidad no encontró al portero. La buscó allí, cómo no, en dicho último piso, porque él sabía que en aquel lugar tenía ella, aquella excepcional y misteriosísima mujer de ensueño, su apartamento. Su comfortable apartamento. Pero, para su sorpresa, a la que encontró aquel joven no fue a Maribel, no, sino a otra hermosa mujer de más o menos su misma edad. Una mujer con una sonrisa cándida, una sonrisa verdaderamente dulce y encantadora. Si se tratara de otra ocasión, si no estuviera en medio del fin de todos los días y de todos los tiempos habidos y por haber, él, Roberto, llegaría a pensar que ella era la mujer perfecta para pasar el resto de la vida. Aquella mujer, de hecho, era, a concepto de aquel joven llamado Roberto, y puede que de cualquier otro hombre sobre la faz de aquel agónico, ofuscado, desdeñoso, ultimado y apocalíptico mundo, la mujer más angelical y dulce del universo entero.

—Sí, dime —inquirió ella, aquella hermosísima chica angelical, con mucha amabilidad, con mucha dulzura, y a modo de saludo.

—Verás, estoy buscando a la chica que vive aquí —dijo él, con una voz más bien un poco tímida y hasta un poco nerviosa.

—Bueno, yo soy una chica y vivo aquí —dijo ella.

—Bueno, pues viéndolo de esa forma, sí...

—No me hagas caso, es broma. Ya veo que estás buscando a mi hermana. Es que con

esto del fin del mundo, hay mucha gente que anda por ahí como loca, ya sabes, saqueando, robando y haciendo lo que quiere, y por eso fue que no hace mucho tomé la decisión de venirme a vivir aquí con ella, es decir, con mi hermana. Por cierto, no me he presentado, yo soy Shirley Sandara, la prometida, y próxima esposa de El Cordero de la Vida, es decir, del mismísimo Hijo del Hombre.

—Sí, bueno... En eso de que mucha gente anda por ahí como loca, por lo del fin del mundo, tienes mucha razón, ya no se puede incluso conseguir un buen empleo.

—¿Verdad que sí...? Ah, perdona, si es verdad. Ya se me olvidaba. Tú vienes buscando a mi hermana, y no te he dado razón de ella. Ven, te llevaré ahora mismo al lugar en el que ella se encuentra.

Dichas esas palabras, él y ella, es decir, Roberto y la hermosa y angelical Shirley, subieron al infinito, subieron a una encrespada y perfumada habitación de la vida, subieron a la terraza de Metrópoli de Nueva Babel. Ahí, en aquella terraza, estaba ella, la hermosa y singular mujer que fue a buscar Roberto. Una mujer con unos ojos enormes e insumisos que siempre han invitado a la pasión. Unos ojos que siempre han musicalizado las texturas sinuosas de la lujuria.

Aquella terraza, por cierto, era un sitio bastante curioso y llamativo. Estaba toda llena con pétalos de las más rojas, intensas y vibrantes rosas. Ese era un sitio verdaderamente surrealista. Verdaderamente místico y sobrecogedor. Pero lo que más impresionó a Roberto de la vista que él tenía ante sí no fue eso. No fue aquel misticismo tan palpable



y exorbitante que reinaba en aquella mágica altura. No fue la levedad de la vida. No fueron tampoco aquellos pétalos que había por doquier y de aroma sumamente seductor y capaz de enamorar a cualquier brisa que se arremoline como si nada sobre el origen mismo de la existencia. Fue otra cosa. Fue el hecho de que al llegar allí, él, nuestro querido personaje principal de esta historia, llegó a ver a un hombre sentado en medio de aquella terraza toda llena de pétalos y reverberaciones misteriosas y a una mujer agachada junto a él. Roberto tardó un momento, un solo momento, en darse cuenta que aquella mujer era Maribel. Tardó un momento, un solo momento, en darse cuenta que ella le estaba haciendo sexo oral al hombre que estaba plácidamente sentado. Al cabo de unos segundos, los pétalos de las rosas se agitaron de repente mientras la boca de ella lamía y succionaba. Aquellos pétalos, de hecho, parecían estarse amando entre sí. Parecían estar amando la magia de la lascivia, parecían estar acariciando los contornos de algunos labios enigmáticamente ocultos entre los entresijos del aire. Ella, la hermosa Maribel, movía la cabeza, muy concentrada en su tarea, en su mágica labor de sedosidad femenina. Él, el hombre que estaba en aquel lugar, con su miembro erguido como asta desafiante, de un momento a otro, soltó un breve gemido de placer que estremeció por completo el espíritu de ella. El apocalipsis, por su parte, era tan intenso como el fuego que consume todos los latidos de un corazón andariego.

Aquel hombre al que Maribel complacía con su boca, debemos anotar, se encontraba mirando hacia el cielo, quién sabe si tratando de conquistar con su mirada intensa y flameada a algún ángel con cuerpo de mujer. Luego, tras unos segundos de sublime inexistencia, de férrea calurosidad, bajo su vista y, súbitamente, vio a Roberto y a la chica que lo acompañaba. Su reacción, es decir, la reacción de sorpresa de aquel

hombre, hizo que Maribel se percatara de que algo pasaba. Ella, la hermosa y pasional Maribel, dejó, por tanto, y luego de unos segundos, de succionar el sexo de aquel hombre. Giró su cabeza. Giró su cuerpo. Ella estaba totalmente desnuda de su cintura hacia arriba. Su cuerpo invitaba a la pasión y a la gloria del desenfreno. Invitaba a danzar al deseo, sí, al mismo deseo, alrededor de la hoguera de la vida. Sus senos, de hecho, saludaron a Roberto con gran lujuria, con una mirada extendida hacia la eternidad, hacia las tinieblas más oscuras del horizonte. En ese momento, cabe decirlo, una llama de fuego relampagueó intensamente entre las grietas apocalípticas del cielo. Luego, a los pocos segundos, a las espaldas de Roberto y de la bellísima chica que lo acompañaba, alguien dijo algo, unas cuantas palabras en tono de reprimenda. Alguien que, al parecer, recién había llegado.

—¿¡Pero qué significa esto, Miguel!? Que seas un mujeriego no te lo reprocho, pero, óyeme bien, mi amigo, tú eres el comandante en jefe de las tropas de Dios en este mundo. ¿¡Cómo puedes meterte con la Ramera de la Bestia Escarlata y el Cáliz de Oro!? ¿¡No te das cuenta que estás poniendo en peligro con esto El Plan Divino y la suprema entelequia que rige el universo!?

—Por favor, Christopher, no exageres. Tú, al igual que yo, sabes que esta mujer no es propiamente hablando, y en su sentido más estricto, la Gran Ramera. Tú sabes que la Gran Ramera, tal y como la describe el Libro de las Revelaciones, era la Roma Imperial del siglo I después de la venida de Nuestro Señor. De modo que esto no trasciende.

Los dos hombres que hablaban, de un momento a otro, voltearon a ver a Roberto.

Durante un segundo, un segundo realmente ínfimo, pareció que se decían algo con sus miradas.

“¿Quién eres tú?”, le preguntó el hombre que acababa de llegar a Roberto, justo cuando él, es decir, nuestro buen amigo Roberto, reconoció al primer hombre que vio en aquella terraza, es decir, al hombre al que la hermosa Maribel le estaba haciendo sexo oral con su más pasional entrega de mujer puesta en aquella y no en otra tarea. Sí, nuestro buen amigo Roberto terminó reconociendo en aquel personaje a Miguel Montalbán Maffla, el máximo líder de las fuerzas militares de la Organización de Todas las Naciones, así como de la CIA y la Interpol. Un tipo con gran fama de mujeriego, con fama de poder conquistar a cualquier mujer únicamente con la mirada, pero también, por sus cargos, de hombre extremadamente peligroso.

Roberto, ante aquella pregunta que le hizo aquel desconocido hombre, por cierto, no dijo absolutamente nada. Estaba como petrificado por tener ante él a la hermosa Maribel con sus pechos al aire y a Miguel Montalbán Maffla en la terraza de aquel edificio. Allí, en medio de una apoteosis primaveral y apocalíptica. En medio de aquel océano magno y fragante de rosas y suspiros imperecederos e innominados. Luego de unos cuantos segundos en los que al comandante Montalbán y al otro hombre les pareció que Roberto era un don nadie, o quizás, quién sabe, mucho menos que eso, dichos dos hombres se marcharon. Se marcharon rápidamente, luego de que Montalbán se ajustara sus pantalones y esbozara una escueta despedida con su mano. Una despedida dirigida, con toda probabilidad, a su hermosa y candente amante de seducción mística y onírica. Su amante de suavísimas formas de mujer. Maribel, por su parte, luego de responder al

saludo de Montalbán con un gesto muy femenino y de verlo marchar, le dijo a su hermana, al cabo de un rato, que la esperara abajo. Acto seguido, aquella mujer, es decir, la hermana mayor, sin cubrirse aún sus feroces y turgentes senos de fruta en su punto, y que, por una u otra razón, no dejaban de gritar placeres, se acercó a Roberto. Ella se agachó. Acarició la entrepierna de aquel hombre por sobre la ropa. Abrió la cremallera del pantalón. Sacó el sexo erguido y enhiesto que parecía estar esperándola a ella, esperándola con gran apremio. Un sexo que señalaba a aquella hermosa mujer con gran energía pasional. Luego, ella subió y bajo la piel de aquel órgano sin ningún aspaviento. Subió y bajó la piel de aquel miembro viril con gran energía. Sí, su suave mano era una llama entre las llamas.

De repente, ella dijo, con suma tranquilidad, lo siguiente:

—Cuando Dios creó a los hombres, ¿sabes?, les suministró dos de sus principales fuentes de poder. Imagínate, desde siempre hemos tenido, escúchame bien, desde siempre, aunque en forma limitada, por supuesto, dos de las principales capacidades divinas.

—¿Y cuáles son esas capacidades divinas? —preguntó Roberto, que se dejaba hacer por la hermosa Maribel. Preguntó, tratando de que su voz, un poco huidiza de su garganta por tantas sorpresas, saliera, de alguna u otra forma, hacia el infinito que contemplaban los ojos de aquella curiosa mujer.

Sí, aquella mujer de intensísimas llamas atemporales. Aquella mujer cuya mano derecha

era una llama entre las llamas.

—Una de esas capacidades son los sentimientos —dijo ella.

—¿Los sentimientos?

—Sí, esa chispa sumamente curiosa e interesante que da razón de ser a la vitalidad, a la fantasía, a los dolores, a los prejuicios y a mil esencialidades más de lo que significa pertenecer a la especie humana. Los sentimientos: esa extraña y enigmática forma por la cual buscamos perpetuar nuestra propia alma al exterior de la misma. Ese perfume sin aroma, ¿sabes?, con el cual se expresan todas y cada una de nuestras sensaciones.

—¿Y la otra?

—¿La otra?

—Sí, ¿cuál es la otra capacidad divina que nos ha suministrado Dios?

—La otra, mi querido, son los símbolos. Es decir, esa capacidad innata que todos tenemos para abstraer el mundo. De abstraerlo, en principio, para ordenarlo, para orientarlo un poco, para aprehenderlo o, en últimas, para darle algún sentido. Te estoy hablando, ¿sabes?, de nuestra capacidad, realmente única y singular entre todas las criaturas de la creación, para ordenar, orientar y darle sentido a todo en este universo. A todo, a excepción de una sola cosa. Una sola cosa muy particular. Una sola cosa que

muchas veces va más allá de nosotros mismos aun cuando se halle en nuestro propio interior. Una sola cosa que, como bien te puedes imaginar, no es sino nuestra propia y muy importantísima chispa sensible e intuitiva, es decir, nuestros propios sentimientos.

## **II. Un místico y cautivador oficio de ilusión**

Aun para la edad que ellas dos tenían por aquel entonces, siete una y seis la otra, se notaba a leguas que ellas eran increíble, fantástica y casi que indescriptiblemente hermosas. Se notaba a leguas, de igual forma, que dentro de pocos años ambas iban a tener una belleza realmente impactante y espectacular. Una belleza, por cierto, de connotaciones futuras y un tanto hipotéticas, como bien podemos ver, pero, sin duda alguna, reales. Sumamente reales y casi que hasta palpables. Una belleza tal, como para hacerle pensar a cualquiera que las hubiese visto, que los solos ojos de ellas llegarían a ser dos lagos, dos lagos tersa y arrobadoramente cristalinos, los cuales, parecerán tener condensados en sí mismos una pasión... Sí, una pasión, o quién sabe si muchas pasiones que vienen de lejos y de siempre, de lo eterno y de lo efímero, de lo ocasional o de lo sumamente crucial y decisivo.

Ellas, por cierto, cuyos nombres, como bien podemos suponer, son los de Maribel y Shirley, vivían por aquellas épocas de aquella edad con su madre y con su padre y entre cierta aura de tranquilidad y felicidad. Iban a la escuela. Les gustaba jugar con muñecas y no se preocupaban por nada en especial, nada que no fuera, eso sí, el libro que con tanto celo guardaba su madre. No se preocupaban por nada que no fuera dicho libro hasta que comenzaron las llamadas amenazantes. Se trataba, a decir verdad, de unas llamadas que amenazaban a la señora y a sus hijas. Las cosas sucedían, más exactamente, de la siguiente forma: de vez en cuando llamaban a aquel cálido y dulce

hogar en el que vivían aquellas lindísimas y tiernas niñas, y si contestaba Armando, que era el padre de ellas, le decían, desde el otro lado del teléfono, que se separara de aquellas brujas, de aquellas rameras que propiciarían el fin del mundo y que traerían todos los cataclismos habidos y por haber. Él, desde luego, muy centrado y cuidadoso, no hacía caso de ello. Él no solo adoraba a sus hijas sino que quería mucho, o más bien muchísimo, a su esposa, tanto que él nunca se ahorra energías y disposiciones al momento de entenderla a ella en todo; de entenderla, de quererla, de mimarla y de cuidarla. Él, además, estaba consciente de un hecho muy doloroso. Él estaba consciente de que unos años atrás ella había tenido que separarse de lo que más quería. Ella, su esposa, había tenido que separarse de su primer hijo cuando este apenas era un bebé. Se había tenido que separar de él porque dicho bebé era una promesa. Porque era la parte más luminosa, excelsa y esperada, de una profecía sumamente oscura. De hecho, ella sufrió bastante desde los primeros momentos de su embarazo. Sufrió hasta lo indecible. Sufrió porque desde un comienzo, desde unos primeros instantes de vida de lo que debería ser una feliz maternidad, un hombre llamado Norman Hyuss, tuvo la intención de arrebatarle a su hijo apenas naciese este. Es más, podría decirse incluso que aquel hombre llegó, en su momento, a arrastrar la tercera parte de las estrellas del cielo con tal de apoderarse del niño de aquella mujer. Aun así, aquel hombre no pudo lograr nunca su cometido. No pudo lograrlo porque no pudo quitarle aquel niño a aquella mujer. Y no pudo hacer aquello porque durante un buen par de años tuvo que vérselas, o, más bien, sus hombres tuvieron que vérselas, cara a cara y en grandes enfrentamientos, con las tropas de Miguel Montalbán Maffla. En esos instantes, como bien nos podemos imaginar, ya había empezado en el mundo El Armagedón y los grandes enfrentamientos de los últimos días de la vida. Los grandes enfrentamientos de una sociedad agónica y



adolorida, los cuales, cabe decir, se presentaron justo bajo un cielo lleno de pulsaciones absolutas y desmedidas y una tierra de herméticos silencios y reversibilidades imposibles.

Ella, la madre de Shirley y Maribel, cuyo nombre era Rebecca Azun, y cuyo principal atractivo, decían muchos, era su espectacular cabello azabache, un cabello capaz de enamorar, por cierto, a cualquier tipo de viento paseador, tuvo que huir cierto día a las áridas y arenosas tierras del desierto. Tuvo que huir a causa de la persecución de Norman Hyuss. Tuvo que huir a causa de aquella inmisericorde persecución de espantos indecibles, de tormentos inimaginables. No obstante, allí, que se sepa y que haya quedado escrito, fueron nada más y nada menos que las tropas del mismísimo Maffla las que la separaron a ella, a la hermosa Rebecca, de su hijo. Un hecho, este, que fue realmente doloroso para ella, y que su segundo esposo Armando, debemos anotar, nunca dejó de entender muy bien en toda su complejísima profundidad.

Claro, todo lo referente al primer esposo de ella, por cierto, es decir, de Rebecca, es un misterio de arenas sumamente movedizas y extrañas. Un misterio del que desconocemos prácticamente todo. Por tanto, de dicho primer esposo, solo podríamos arriesgarnos a decir que muy probablemente él decidió abandonar a Rebecca cuando supo que ella iba a tener un hijo “por obra y gracia del espíritu santo”. La abandonó más o menos por esos turbios y agitados días en los cuales se armó una cruenta y sanguinaria guerra entre las sádicas tropas terrenalmente angelicales de Maffla, y las sádicas tropas terrenalmente infernales de Norman Hyuss. Una guerra que todo mundo, en todas partes, pensó, se debía a intereses petroleros e imperialistas. Una guerra absurda, como

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

